

CAPITULO XII.

Trátase sobre los malos y buenos consejos: muerte del padre de Periquillo y salida de éste del convento.

BSTUVE en el coro durante la terea y la misa; pero con la misma atención que el facistol. Todo se me fué en cabecear, estirar los párpados y bostezar, como quien no había cenado ni dormido.

El que presidia lo notó, y luego que salimos me dijo: hermano parece que su caridad es harto flojillo; enmendarse, que aquí no es lugar de dormir.

Yo no dejé de incomodarme, como que no estaba acostumbrado á que me regañaran mucho: pero no osé replicar una palabra. Me caulé la capilla y marché á continuar la limpieza de mi santo cuartel.

Llegó la hora bendita del refectorio, y aunque la comida era de comunidad, á mí me pareció bajada del cielo, como que á buena hambre no hay mal pan.

En fin, me fuí acostumbrando poco á poco á sufrir los trabajos de fraile y el encierro de novicio, manteniendo el estómago debilitado: consolando á mis ojos soñolentos: animando mis miembros fatigados con el trabajo, y tolerando las demás penalidades de la religion, con la esperanza de que en cumpliendo seis meses fingiria una enfermedad y me volveria á mis ajos y coles que había dejado en la calle.

Esta esperanza se avaloraba con la vista de mi padre de cuando en cuando; pero mas y mas con los siempre cristianos, prudentes y caritativos consejos de mis dos mentores Januario y Pelayo, que solian visitarme con licencia del padre maestro de novicios, á quien mi padre los había recomendado.

boca llena de una modesta sonrisa, y como estaba fatigado con el trabajo, estaba coloradito y bonito que parecía un San Antonio: advirtió mi semblante sombrío y triste, y creyendo el inocente que era efecto de una suma austeridad, y de los escrúpulos que me agitaban se llegó á mí y me dijo con mucho agrado: hermanito ¿qué tiene, por qué está tan triste? Alégrese: la alegría no se opone al servicio de Dios. Este Señor es todo bondad. Somos sus hijos, no sus esclavos: quiere que lo amemos como á padre, y que lo adoremos como al Señor Supremo, no que lo temamos con un miedo servil, no: si no es nuestro tirano. Es un Dios lleno de dulzura, no un Dios parricida como el Saturno de los paganos. Su vista sola alegra á los santos y hace toda la felicidad del cielo. Su servicio debe inspirar á los suyos la mayor confianza y alegría.

El santo rey David nos dice expresamente: *servid al Señor con alegría*, y el Eclesiástico: “arroja lejos de tí la tristeza, porque es pasión que á muchos quita la vida, y en ella no hay utilidad.” Pero ¿qué mas? el mismo Jesucristo nos manda “que no queramos hacernos tristes como los hipócritas.” Con que hermanito, alegrarse, alegrarse, y desechar escrúpulos é ideas funestas que ni hacen honor á la deidad, ni traen provecho á las almas.

Yo agradecí sus consejos al buen religiosito, y le envidié su virtud, su serenidad y alegría; porque no sé qué tiene la sólida virtud que se hace amable de los mismos malos.

Llegó la hora de la misa conventual, y fuimos á coro. Entonces advertí que no asistían algunos padres que había visto por el convento. Pregunté el motivo, y me dijeron que eran padres graves y jubilados, ó exentos de las asistencias de comunidad. Con esto me consolé un poco, porque decía: en caso de profesar, que lo dudo, como yo sea padre grave, ya estoy libre de estas cosas. Fuimos á coro.

Uno me decía: sí, Perico, no harás otra cosa mejor que mudarte de aquí: mírate ahí como te has puesto en dos días, flaco, triste, amarillo, que ya con la mortaja encima no falta mas sino que te entierren, lo que no tardarán mucho en hacer estos benditos frailes, pues con toda su santidad son bien pesados é imprudentes. Luego luego quisieran que un pobre novicio fuera canonizable: todo le notan, todo le castigan: nada le disimulan ni perdonan: ya se ve, ningún padre maestro se acuerda que fué novicio. Esto me decía el menos malo de mis amigos, que era Pelayo; que el Juan Largo maldito ese era peor: blasfemaba de cuantos frailes y religiosos había en el mundo; y ¿en qué términos lo haría, pues siendo yo algo peor que Barrabás, me escandalizaba?

Ciertamente que no son para escritas las cosas que me decía, de todas, y en especial de aquella venerable religion, que no tenía la culpa de que un pícaro como yo se acogiera á ella sin vocacion y sin virtud, solo para eludir los muy justos designios de su padre; pero por sus consejos inferireis el fondo de maldad que abrigaba su corazón. No seas tonto, me decía: salte, salte á la calle: no te vallus á engreir aquí y profeses, que será enterrarte en vida. Eres muchacho, salvage, goza del mundo. Las muchachas tus conocidas siempre me preguntan por tí: mi prima ha llorado mucho, te estraña, y dice que ojalá no fueras fraile, que ella se casara contigo. Con que salte, Periquillo, hijo, salte y casate con Poncianita, que es la única hija de D. Martín y tiene sus buenos pesos. Ahora, ahora que te quiere has de lograr la ocacion; pues si ella pierde la esperanza de tu salida y se enamora de otro, lo pierdes todo. ¡Ojalá y yo no fuera su primo! á buen seguro que te diera estos consejos, pues yo los tomara para mí; pero no puedo casarme con ella, al fin se ha de casar con cualquiera, y ese cualquiera no ha de ser otro mas que tu, que eres mi amigo; púes lo que se ha de llevar el moro, mejor será que se lo lleve el cristiano. ¿Qué dices? ¿Qué le digo? ¿Cuándo te sales?

Yo era maleta, y luego con las visitas y persuaciones de este tu-

no, me pervertía mas y mas, y llegué á tanto grado de desidia, que no hacia cosa á derechas de cuantas me mandaba la obediencia. Si salía á acolitar, estaba en el altar inquietísimo, mi cabeza parecía molinillo, y no paraban mis ojos de révisar á cuanta muger había en la iglesia: si barria el convento lo hacia muy mal: si servía el refectorio quebraba los platos y escudillas: si me tocaba algun oficio en el coro, me dormía; finalmente, todo lo hacia mal, porque todo lo hacia de mala gana; con esto, raro era el día en que ño entraba al refectorio con la almhoada, la escoba ó los *tepalcates* colgados, con un tapaojos ó con otra señal de mis malas mañas y de las ridiculeses de los frailes, como yo decía.

Los primeros días se me asentaba la silla un poco (1), esto es, se me hacían pesadas semejantes burlas y mogigangas como yo las llamaba, siendo su propio nombre *penitencias*; pero despues me fuí connaturalizando con ellas de modo que se me daba tanto de entrar al coro ó refectorio con una sarta de guijarros pendiente del cuello, como si llevara un rosario de Jerusalem.

Así cayendo y levantando, y haciendo desesperar á los benditos religiosos, llegué á cumplir seis meses de novicio, tiempo que desde el primer día me había prefijado para salirme á la calle y volverme á mis andanzas del siglo. Ya estaba yo pensando de qué mal sería bueno enfermarme ó fingir que me enfermaba, para cohonestar mi veleidá, y habiendo por último elegido la epilepsía, ya iba á descargar sobre el corazón sensible de mi padre el golpe fatal, escribiéndole mi resolución de salirme, cuando llegó Enero y me dió la triste noticia de hallarse mi dicho padre gravemente enfermo, y desahuciado de los médicos.

Afligióme semejante nueva, y trataba de acelerar mi salida; pero Enero me detuvo diciéndome que tiempo había para ella: que por entonces suspendiera mi resolución pues nada iba á medrar, y ántes

(1) Esta comparacion con los caballos apénas se puede pasar á Periquillo, si no es hablando de sí mismo.—E.

podia suceder que mi padre, con la pesadumbre, se agravara y se abreviaran sus dias por mi precipitacion, y así, que me sosegara; que por muerte ó por vida de mi padre se haria la cosa despues con más acierto y menos inconvenientes.

Hícelo así, y confieso que me convenció, porque á pesar de ser tan malo, esta vez me aconsejó como hombre de bien.

Los hombres, hijos míos, son como los libros. Ya sabeis que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno; así los hombres, no hay uno tan perverso que tal cual vez no tenga algunos buenos sentimientos; y en esta inteligencia el mayor pecador, el mas relajado y libertino puede darnos un consejo sano y edificante.

Cinco dias pasaron despues del que me habló Januario, cuando vino á verme D. Martin, y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dió su caridad, me dió una carta cerrada de mi padre, y con ella la noticia de su fallecimiento.

La naturaleza apretó mi corazon, y mis lágrimas manifestaron en abundancia mis sentimientos. D. Martin repitió sus consuelos, y se fué á dar algunas limosnas al padre provincial para sufragios por el alma del difunto. El padre vicario, los coristas y mis connovicios entraron á mi celda y me daban todos aquellos consuelos que se apoyan en la religion; y luego que calmó un poco mi dolor, me dejaron solo y se retiraron á sus destinos. Dos dias pasaron sin que yo me atreviese á abrir la carta, pues cada vez que la queria abrir leia el sobrescrito que decia: *A mi querido hijo Pedro Sarmiento. — Dios lo guarde en su santa gracia por muchos años.* — Entónces se estremecia mi corazon sobremanera, y no hacia mas que besarla y humedecerla con mis lágrimas, pues aquellos pocos caracteres me acordaban el amor que siempre me habia tenido, y su constante virtud que me habia inspirado.

¡Ay! hijosi ¡Qué cierto es que el buen padre, la buena esposa y el buen amigo, solo se conocen cuando la muerte cierra sus ojos! Yo sabia que mi padre era bueno; pero no lo conocia bien hasta que tu-

ve la noticia de su fallecimiento. Entónces á un golpe de vista ví su prudencia, su amor, su juicio, su afabilidad y todas sus virtudes, y al mismo tiempo eché de ver el maestro, el hermano, el amigo y el padre que habia perdido.

Al cabo de tres dias abrí la carta, cuyo contenido leí tantas veces que se me quedó en la memoria, y por sus documentos, digna referencia de vuestro abuelo, os la quiero dejar aquí escrita.

Amado hijo. — Al borde del sepulcro te escribo ésta, que segun mi orden te entregarán luego que esté mi cadáver sepultado.

No tengo más bienes que dejar á tu pobre madre, que cuatro reales y los pocos muebles de casa para que pase sin ansias algunos dias de su triste ciudadad, y á ti, hijo mio, que te podré dejar, sino escritos por mi mano trémula y moribunda, aquellas mismas máximas que he procurado inspirarte toda mi vida? Hazles lugar en tu corazon y procura traerlas á la memoria con frecuencia. Obsérvalas, que jamás te arrepentirás de su observancia.

Ama á Dios, témelo y reconócelo por tu Padre, tu Señor y tu benefactor.

Sé fiel á tu patria, y respeta á las autoridades establecidas.

Portate con todos como quisieras se portan contigo.

A nadie hagas daño, y jamás omitas el bien que puedas hacer.

No aflijas á tu madre, ni exites su llanto; porque las lágrimas que derraman las madres por los malos hijos, claman ante Dios contra éstos por la venganza.

Jamas desprecies los clamores del pobre, y hallen sus miserias un abrigo en tu corazon.

No juzgues del mérito de los hombres por su exterior, que éste es engañoso las mas veces.

No te empeñes nunca en singularizarte en nada.

Si profesares en esa santa religion, no olvides en ningun tiempo los votos con que te has consagrado á Dios.

No te afanes por alcanzar los puestos honoríficos de la religion, ni

te entristezcas si no los alcanzas, que esto no es propio del verdadero religioso que ha abandonado el mundo y sus pompas.

Si fueres padre maestro ó prelado, no olvides la observancia de la regla; antes entonces debes ser más modesto en el hábito, más puntual en el coro, y más edificante en todo; pues no es razon que exijas de tus súbditos el estrecho cumplimiento de su obligacion, si tú les enseñas otra cosa con el ejemplo.

No te mezcles en los negocios y asambleas de los seglares, porque no los escandalice tu relajacion; pues tan bien parece un religioso en el coro, en el claustro, en el altar, púlpito ó confesonario, como mal en el paseo, tertulia, juego, baile, coliseo y estrados de visitas.

No uses copetes en el cerquillo á modo de faisán ó pavo, que esta sola divisa manifiesta el poco espíritu religioso, y declara bien lo apegado que está el que lo usa, al mundo y á sus modas.

Finalmente, si no profesas, guarda los preceptos del Decálogo en cualquiera que sea el estado de tu vida. Ellos son pocos, fáciles, útiles, necesarios y provechosos. Están fundados en el derecho natural y divino. Lo que nos manda es justo: lo que nos prohíben es en beneficio nuestro y de nuestros semejantes: nada tienen de violento sino para los abandonados y libertinos; y por último, sin su observancia es imposible lograr ni la paz interior en esta vida, ni la felicidad eterna en la otra.

Acuérdate, pues, de esto, y de que dentro de pocos días seguirás el camino en que va á entrar tu padre, cuya bendicion con la de Dios te alcance por siempre. Adios, hijo amado. A las orillas de la eternidad, tu amante padre.—Manuel.

Esta carta no hizo mas efecto que entristecerme algunos ratos, pero sin profundizar sus verdades en mi corazon, porque á éste le faltaba disposicion para recibir tan saludable semilla.

Pasaron quince dias, en cuyo corto tiempo se me olvidaron en gran parte los sentimientos de la muerte de mi padre, los avisos de su carta (esto es, el primer espíritu de compuncion con que la leí), y solo me acordaba de mi apetecida libertad.

Al cabo de estos dias vino Januario y me trajo un recado de mi madre, diciéndome que estaba muy apesarada y triste en su soledad, y que ya era tiempo para que yo realizara mis proyectos, pues habiendo muerto mi padre, ya no habia cosa que embarazara mi salida; antes ésta podria servirle á mi madre de consuelo; y otras cosas á este modo, con que acabé yo de resolverme.

Le manifesté á Januario la carta de mi padre, y él luego que la leyó se echó á reir, y me dijo: está bueno el sermon, no hay que hacer. Tu padre, hermano, erró la vocacion de medio á medio. Era mejor para misionero que para casado; pero consejos y bigotes dicen que ya no se usan. La herencia está muy buena, aunque yo no daría por ella una peseta. Si comió tu padre te dejó advertencias, te hubiera dejado monedas, se las deberias agradecer mas; porque amigo, un peso duro vale mas que diez gruesas de consejos. Guarda esta carta, y salte á ver qué haces con lo que ha dejado tu padre, porque tu madre ¿qué ha de hacer? En cuatro dias lo gasta y se acaba, y ni tú ni ella lo disfrutan.

Yo le agradecí aquellos que me parecian buenos consejos, y él dijo que le propusiera á mi madre mi salida, pretestándole mi enfermedad y lo útil que yo le podia ser á su lado. Januario me ofreció desempeñar el asunto y volver al otro dia con la razon.

Inquietísimo me quedé yo esperando la resolucion de mi madre, no porque yo queria captar su vénia, pues no la juzgaba necesaria, sino para con esta hipocresía atarle la voluntad de modo que me franqueara, sin reserva, todos los medicillos que mi padre habia dejado, y se fiara de mí, como si yo fuera un buen hijo.

Todo me salió segun me lo propuse, pues al dia siguiente volvié Januario y me dijo: que todo estaba corriente: que él habia ponderado mucho mi falsa enfermedad á mi madre, y díchole que yo lloraba mucho por ella; que tanto por mi salud como por servirla y acompañarla, deseaba salirme; pero que esperaba su parecer, porque era tan bueno su hijo, que sin su licencia no daría un paso. A lo que

mi madre le contestó: que saliera enhorabuena, pues mi salud valia más que todo, y en todas partes se podia servir á Dios.

Oidos que tales orejas. (1), dije yo al escuchar estas razones. Mañana comemos juntos, Januario. . . . y al instante vamos á visitar á Ponceanita, me dijo él, que cada dia está más chula el diantre de la muchacha.

En conversaciones tan edificantes como éstas, pasamos el rato que me permitió la campana, á cuyo toque se despidió Januario, quedándome yo deseando llegara la noche para avisarle mi determinacion al padre maestro de novicios.

Llegó en efecto, y á mi parecer más tarde que otras veces. Luego que tuve lugar me entré en su celda, y le dije que estaba enfermo, y á mas de eso, que mi madre habia quedado viuda, pobre y sin mas hijo que yo, y que así pensaba volverme al siglo: que me hiciera favor de facilitarme mi ropa.

El buen religioso me escuchó con santa paciencia, y me dijo: que viera lo que hacia; que esas eran tentaciones del demonio; si estaba enfermo, médicos y botica tenia el convento, y que allí me curarian con el mismo cuidado que en mi casa: que si mi madre habia quedado viuda y pobre, no habia quedado sin Dios, que es padre universal y no desampara á sus criaturas; y por último, que lo pensara bien. Ya lo tengo bien pensado, padre nuestro, le dije, y no hay remedio: yo me salgo, porque ni la religion es para mí, ni yo para la religion.

Enfadóse su paternidad con estas razones, y me dijo: la religion es para todos los que son para ella; mas su caridad dice bien, que no es para la religion, y así me lo ha parecido algunas veces. Vaya con Dios. Mañana temprano mandaré avisar á nuestro padre provincial, y se irá á su casa ó á donde le parezca.

Me retiré de su vista, y esa noche ya no quise ir á coro ni á refectorio (ni me hicieron instancia tampoco), y á otro dia entre nueve y diez

(1) *Oidos que tal oyen* dice la expresion familiar castellana; pero, por el disparate de un estudiante se ha hecho comun decirse como en este lugar.—E.

de la mañana, me llamó el padre maestro de novicios, me despojó solemnemente de los hábitos, me dió mi ropa, y me marché para la calle, dirigiéndome inmediatamente para México.

Despues que descansé un rato en un asiento de la alameda y me sacudí el polvo del camino, que habia hecho desde Tacubaya, me dirigia á mi casa, é iba yo envuelto en mi capa, con mi pañuelo amarrado en la cabeza y lleno de confusion, pensando que estaba como excomulgado y separado de aquellos siervos de Dios. No sé qué pavor se apoderaba de mi corazon cada vez que volvia la cara y veia las sagradas paredes de San Diego, depósitos de la virtud y quietud, de donde yo me retiraba.

No hay duda, decia yo entre mí, yo acabo de dejar el asilo de la inocencia, yo he dejado la única tabla á que podia asirme en el naufragio de esta vida mortal. Dios me verá como un ingrato, y los hombres me despreciarán como un inconstante. . . . ¡Ah si pudiera yo volverme!

En estas serias meditaciones iba yo embebecido, cuando me tiró de la capa uno de mis antiguos contertulianos que me conoció y acompañaba á una de las coquetillas mas desenvueltas que yo habia chuleado antes de entrar en el convento.

Luego que nos saludamos y reconocimos los tres, me preguntó él ¿cuándo me habia salido y por qué? Le respondí que aquel mismo dia, y por la muerte de mi padre y mi enfermedad. Me lo tuvieron á bien, y me llevaron á almorzar á un figon, donde comí á lo loco y bebí punto menos, con cuyos socorros se disiparon mis tristezas.

Despidiéronse de mí y me fuí para mi casa. Luego que mi madre me vió, comenzó á abrazarme y á llorar amargamente; pero me manifestó su contento por tenerme otra vez en su compañía. ¿Quién le habia de decir que sus trabajos comenzaban desde aquel dia, y que mi persona lejos de proporcionarle los consuelos y alivios que se prometia, la habia de ser funestamente gravosa? Pero así fué, como vereis en el capítulo siguiente.